

No solo →

ÁNGELES VICENTE

El CUENTO ABSURDO sobre
el absurdo sueño de un hombre.

El problema social fué definitivamente resuelto por Guillermo Arides, el anarquista más terrible y genial de los tiempos pretéritos, presentes y futuros.

Hastiado, Guillermo Arides se aprestó a concretar un plan que por mucho tiempo había preparado.

Cultivador apasionado de las ciencias físicas,

se regodeaba en un desprecio hacia toda institución política y religiosa, pues ni unas ni otras favorecieron nunca el desarrollo positivo de la humanidad.

En lo íntimo de su cotidianidad,

había ideado la manera de destruir la humanidad en un segundo,

todo su disgusto se iría al desaparecer ésta, lo daba por sentado. Si, la había

Si, esos gusanos que gozaban vivir en la inmundicia, quedarían reducidos a nada, sabía que tenía la capacidad y lo haría

utilizando para ello ignora-
dos flúidos interplanetarios, acumulados y diri-
gidos con precisión admirable, mediante un
complicado aparato de su invención.

La especie a la que pertenecía, hombres y mujeres que lo hacían avergonzarse por anteponer las pasiones al entendimiento. Él se encargaría de ellos.

En un momento determinado oportunamente, quedarían aniquilados los hombres y cuantos animales son á él semejantes en su constitución física. Nadie podría salvarse, á no ser él, Ari-

des, y los por él elegidos entre sus más adictos correligionarios de ambos sexos.

Ellos, que reconocían en él al líder natural, a su salvador, serían premiados por su lealtad, sobrevivirían al holocausto purificador. Así se los había hecho saber.

110(2)

Como Arides no había hecho misterio de sus trabajos, fué detenido y llevado ante el juez.

Arides fue cuestionado al principio con violencia, después fue observado con curiosidad, cual si fuera un mono de circo, un fenómeno, un desquiciado peligroso.

Pero cuando expuso tranquilamente su proyecto de aniquilar el mundo, se burlaron de él, le creyeron rematadamente loco y, calificada su locura de inofensiva, le dejaron en libertad.

Guillermo Arides abandonó el recinto de justicia más convencido que nunca de que el momento de actuar había llegado. No se podía confiar en quienes supuestamente eran los encargados del bienestar de los hombres.

cuando les informó a sus allegados sobre su determinación,

Sus mismos amigos llegaron á dudar de su razón, tal era la magnitud de la empresa. Sin embargo, le secundaban y obedecían, sugestionados por su persuasiva elocuencia de iluminado.

Guillermo Arides sentía que el poder de la razón lo asistía, no tenía la menor duda.

En tal estado de cosas, llegó el día magno, y el apóstol y sus elegidos se congregaron en el amplio laboratorio.

Arides los observó en silencio, miró detenida y escrupulosamente a ese resabio de humanidad.

El grupo aglutinado frente a él sonreían con un nerviosismo expectante, hasta su nariz llegaba el aroma casi agrio de sudores mezclados. Sonrió para tranquilizarlos.

—Hermanos—dijo Arides á sus adictos,— os he llamado porque ha llegado la hora de concluir con la tiranía existente, con todos los privilegios, con todas las infamias. En un segundo será destruída la obra maléfica de tantos siglos, y sobre este planeta no quedarán más habitantes que nosotros, los reunidos en

este recinto aislado convenientemente. No tendremos ya más leyes que nuestros instintos.

No más seres corruptos y miedosos. A vosotros quedará encomendada la alta misión de fundar una nueva humanidad que pueda vivir entre toda esta basura. Nuestra liber-

tad será nuestra dicha... y nuestra dicha será sentirnos libres de las ataduras que nos vinculan a este planeta. Hemos dejado una huella que es imborrable. Ahora viviremos encima de nuestros ^{desechos} incluidos aquellos seres humanos que no merecen vivir más entre nosotros.

Todos le escucharon en silencio. Las mujeres sentían miedo, nunca se les había exigido actuar con tal soberbia.

Los hombres se mantenían á la expectativa, incrédulos, pero tampoco exentos de temor, ^{paladeaban} el vertigo de seguir a un idiota al abismo. Pero ni ellos ni ellas dijeron nada.

Arides continuó su discurso, yendo al mismo tiempo de un lado á otro de su laboratorio para dar la última mano á sus aparatos. Luego se volvió á los circunstantes:

—¿Estáis dispuestos?—preguntó—¿Os sentís desligados del resto de los hombres?

(¿Hombres o seres humanos? pensó una de ellas. Era difícil desligarse de esos animales llamados seres humanos cuando era lo único que la rodeaba en ese momento).

¿Deseáis, como yo, su destrucción, para que de entre sus cenizas surja una nueva humanidad libre y perfecta?

(“Perfecta”, pensó alguno del grupo y no alcanzó a recordar algo que pudiera vincular a esa palabra).

—¡Sí!—contestaron todos, subyugados y con la voz quebrada.

—¡Cúmplase nuestro deseo!—exclamó Arides á su vez, sonriendo beatíficamente, y aproximándose al aparato propulsor, movió una pequeña palanca.

Un grito de espanto se escapó entonces á todos los que le circundaban: la atmósfera se había inflamado con resplandor vivísimo, y una violenta sacudida estremeció la tierra.

Arides se volvió á sus camaradas con gesto

triunfante:

112 (2)

—¡Consummatum est!—gritó alzando los brazos.

(Arides no lo notó pero los ojos de varios se llenaron de lágrimas).

Sus compañeros, ya repuestos, le miraron con estupor. Estaban conmovidos, inquietos, pero la duda se reflejaba en sus semblantes: ¿era admisible que la humanidad pudiese ser destruída tan fácilmente, en un instante?

Arides lo advirtió:

—¿Dudáis de mi obra?—les dijo;—¿no os indica nada ese silencio absoluto? ¡Escuchad! ¡La vieja humanidad ha muerto!

(~~¿~~ Era posible un final tan tanto acompañado del silencio de sus espectadores?).

En efecto, un silencio de muerte los rodeaba, no turbado siquiera por el rumor del viento en aquel día apacible.

A ese silencio se le sumaba el de los seguidores de Aristes. No podían pronunciar palabra y eso parecía alargar el agujero que se había creado.

El rodar de coches y tranvías, las voces de los vendedores ambulantes, el canto de los pájaros, los ruidos todos, armonía complicada de la vida, que momentos antes

llegaban en confusión hasta el amplio recinto, habían cesado.

Un calofrío de terror estremeció á todos.

—¡Venid á recorrer la ciudad— prosiguió Arides—y os convenceréis!

Le siguieron consternados.

Las calles y las plazas estaban sembradas de cuerpos rígidos, inertes. Los tranvías *cuyas*

vías atravesaban las alturas de las ciudades habían descarrilado por falta de dirección, un automóvil

conducido por computadora, había seguido su recorrido sin detenerse, aplastando a los transeúntes convertidos en piedra hasta que

se había estrellado contra un muro, otro había volcado y las ruedas seguían girando al aire vertiginosamente...

El único ruido que aún podía escucharse, era el de las máquinas que proseguían con el movimiento de la ciudad infinita.

Algunos transeúntes se mantenían de pie, inmóviles. Ismael, el más joven de los sobrevivientes, tocó á uno de estos cadáveres, y lanzó un grito de horror al verle desplomarse pesadamente.

Arides se sonrió, *levantó la mirada intentando abarcar el punto más alto de los rascacielos cubiertos de* de bruma *y los animó á continuar la* marcha.

Entraron en las tiendas y en las casas que encontraron al paso. La escena se repetía: por todas partes aparecían cuerpos rígidos, inertes, unos que habían caído y otros que conservaban la posición en que los sorprendiera la catástrofe. En las tiendas, comerciantes y vendedores, se mantenían agrupados en actitudes diversas, sonrientes unos, otros graves y flemáticos, como si se dispusiesen á continuar su charla. En las casas, los moradores parecían entregados á sus ocupaciones domésticas. A no ser por los cadáveres que se habían desplomado y por la rigidez de los que se mantenían en actitud vital, se podría aún dudar del cataclismo. Una sirvienta se inclinaba ante el fogón. Una joven planchaba á su lado. En un gabinete aparecía un señor grave que leía repantigado en un sillón. En otra estancia preparaba su tocado íntimo una dama elegante... *Las interiores*

eran más apacibles, a no ser por el ruido, casi un ronzano, de los robots que limpiaban los pisos y las casas inteligentes que proseguían con su ordenamiento de los días y las noches sin fin.

Poco se podía hacer dentro de casas que se habían cerrado como bóvedas ante el peligro. Nada había que hacer en interiores más hostiles e igualmente desolados que afuera.

Vueltos á la calle, un cortejo fúnebre, cuyos acompañantes habían caído unos encima de otros, les impidió el paso obligándoles á dar un rodeo:

—¡Son muertos que acompañan á un muerto!—exclamó Arides irónicamente.

No faltaban gentes asomadas á los balcones, ni manos extendidas de mendigos que pedían

limosna sentados contra los muros ó en el quicio de las puertas. Aquí y allá se veían perros

profesionistas inmóviles en la aptitud de la carrera, desplazándose de un trabajo a otro, dron-avecillas mensajeras que revoloteaban sobre sus dueñas, ahora muertas, coches eléctricos que, autónomos, seguían avanzando hasta hallar un obstáculo, frente al que se quedaban parados. Arides pensó en lo distinta que había sido esa escena, digamos, 145 años antes, cuando en lugar de automóviles había elegantes diligencias detenidas abruptamente, como si el cochero se hubiera caído del pescante por un resbalón del caballo... En la puerta de una peluquería el dependiente del barbero se apoyaba contra el marco, sonriendo á una modistilla que yacía tendida sobre la acera, sosteniendo en la mano las

tierras ^{laser} que cubren al biés ...

Al desembocar en una plaza, se vieron forzados á detenerse ante una compacta masa de cadáveres allí agrupados, muchos de ellos de pie y en actitud expectante como si aún escuchasen á un orador silencioso que extendía los brazos desde un gran balcón.

—Ahí están los huelguistas—observó Arides—el del balcón es el Alcalde.

Tuvieron que volver sobre sus pasos, y al doblar una esquina se encontraron con un grupo de soldados que tal vez se dirigían á la plaza para reprimir la demostración de los obreros y comuneros y mediantistas. Yacían en tierra, bio fusil en mano, semejantes á un grupo de heroicos combatientes de antaño (cuando aún los soldados parecían "heroicos"), muertos bajo el castigo de las armas biológicas contrarias, ese absurdo fuego enemigo. El oficial que los mandaba estaba siendo amenazado por las matronas, ese contingente que defendía el agua de la sierra desde hacía décadas, uno de los últimos reductos limpios de los desechos de las mineras, las mujeres, por lo visto, habían estado a punto de disparar las bioarmas contra el Alcalde. Antes se preguntó si no habría sido mejor que esta acción siguiera su curso, en lugar de haber activado sus máquinas. ¿Qué habría ocurrido? Ya era demasiado tarde para saberlo. El hombre aparecía recostado sobre sus soldados con la cabeza erguida y la espada en la diestra.

A alguna distancia se levantaba una holo iglesia y á ella se dirigieron, penetrando decididos en el recinto. Un sacerdote se erguía ante el altar, una pantalla gigantesca en la que se reproducían en GIFs incesantes las estaciones del via crucis. La luz oscilante de los cirios iluminaba vagamente las caras estáticas y compungidas de los fieles en plegaria. Arides y sus acompañantes permanecieron allí un rato, curioseándolo todo. Ninguno de ellos había estado antes a uno de esos extraños lugares.

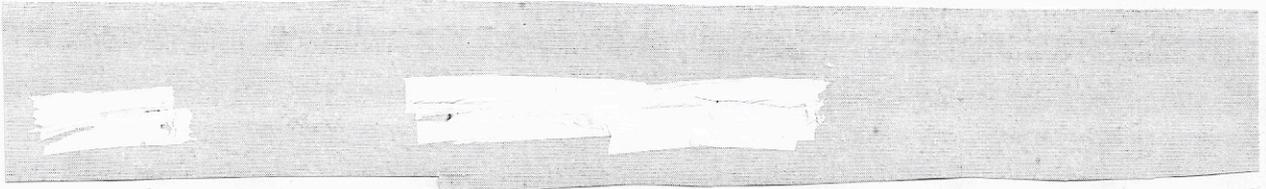
Se habían acostumbrado al espectáculo y se sentían fuertes ante la general mortandad:

—¿Has visto ese viejo?—dijo uno de los hombres á su compañera.

—¡Parece un santo!—contestó ella.— Como los que veían mis abuelos en esos viejos armatostes de cristal.

—Por eso está mejor en el otro mundo—exclamó Arides.—Vamos.

Salieron y continuaron su marcha. Calles y calles se sucedían, y por todas partes se reproducía el mismo espectáculo.



—¿Estáis ya convencidos del éxito de mi obra?—preguntó al fin Arides á sus acompañantes. *Quienes se encontraban conectados a redes neuronales en la deep web.*

—Sí— contestó uno— *a través de pulsaciones*

ya no cabe duda. Pero

ahora lo malo será cuando estos cadáveres se descompongan. *en esas cápsulas de aire. Si escapan las nanobacterias robóticas.*

Tendremos una epidemia. *En línea incontrolable.*

—Todo está previsto. Podría incendiarlo todo en un momento, *y desconectarles* pero no es preciso:

me basta mandar la misma corriente *programada* por espacio

de unos minutos para que todos esos cuerpos queden *sin*

voz, sin agua, sin penas, reducidos á polvo. Vamos á mi laboratorio y lo veréis. *Salvando el fuego*

Efectivamente, agrupados todos en el laboratorio, *sin luz natural y conectados a pequeños*

tanques de oxígeno. hizo Arides funcionar su aparato durante unos minutos. 117(2)

El silencio completó el espacio, las pupilas dilatadas no entendían el acontecimiento.

Después volvieron á recorrer la ciudad.

El aniquilamiento era completo. Todo era polvo rojo, cálido

Allí, donde habían estado los cuerpos, sólo quedaban montones de trapos. *De otras realidades.*

Arides dirigió entonces á sus camaradas *virtuales* un

largo discurso, *de pulsaciones* diciéndoles que se instalasen en *raíz de c ó* donde quisieran é hicieran lo que les diera la

gana, de acuerdo con sus doctrinas *digitales,*

que
todo

era de ellos, y que á ellos les tocaba iniciar una nueva generación libre y feliz.

—Aprovechad cuanto encontréis á mano—
terminó—pero no amontonéis dinero, NO cargues

con tarjetas de crédito, dejen los bitcoins
y las bonas de la tesorería

¡La tierra, las estaciones espaciales y las
colonias en la luna y Marte son
nuestras.

Diciendo esto, apagó el holograma

y se volvió

satisfecho á su casa, llevando consigo á la com-
pañera elegida. sin percatarse que ella

no mostraba el mismo grado de satis-
facción que él por la elección.

La nueva sociedad se había instalado y mul-
tiplicado á su gusto,

ya que arides había
decretado la prohibición de métodos
y dispositivos anticonceptivos a fin
de repoblar la tierra

Pronto comenzaron las contiendas por el reparto de las cosas y por las mujeres,

a pesar de que en un inicio cada quien había tenido la libertad de elegir entre una disponibilidad casi infinita de casas, vehículos, voladores, ropa, casi todo lo que podían desear y que, al cabo de un tiempo, se lo vieron feo, aburrido y no tan atractivo como lo del vecino.

Las luchas más serias se suscitaron cuando tuvieron que enfrentar la disminución e inminente escasez de alimentos y vestidos y se necesitaba activar las plantas productivas y las generadoras de energía. Eran muy pocas las que sabían hacer y menos las que querían hacerlo.

No tardaron, por último, en aparecer la ambición y el orgullo con su séquito de

envidias^{mp4} y rencores^{mov}, y como consecuencia^{el render de} la
 la lucha del hombre^{interactive object} por tiranizar al hombre^{game object}; en
 la cual llevaron la peor parte los humildes y
 los débiles. Parecía que la Naturaleza ^{de esa red(es) virtual} se com-

placía en imponerse á aquellos rebeldes que ha-
 bían querido burlarla.

Las doctrinas de Arides ya no tenían eco.
 Había luchado Arides para establecer la
 nueva sociedad ^{programada} con arreglo á su ideal, pero es-
 taba cansado: veía lo inútil del empeño; presen-
 ciaba apenado el resurgir[/] de los iñstintos más
 brutales entre aquellas ^{codificadas} criaturas libres que no

comprendían que al pretender tiranizarse se
 convertían en esclavos; había tenido necesi-
 dad de imponerse y sabía que le obedecían
 por miedo, que ya no era un

^{gran} hermano para sus
 compañeros sino un enemigo, y que él mismo
 veía otro enemigo en cada uno de ellos... y se
 arrepentía de su obra.

Una noche, reunidos todos en torno de Ari-
 des, discutían como de costumbre:
 —Yo ya no os aconsejo nada.—decía Ari-

des, contestando á una interrogación — Vos-
otros pretendéis establecer de nuevo las pasa-
das costumbres,

materialistas

no queréis vivir en cyber paz,

estáis llenos de ambiciones, rompéis con nuestra // método de declaración

public void tra-
dición empezada ayer, restablecéis la propie-

dad, hacéis que nuestras ansias de perfección
sean vanas, continuáis la historia bárbara y
despiadada de cien siglos de servidumbre y
de mando, y deseáis transmitirla á vuestros

meta hijos...

—La culpa la tiene éste—exclamó uno—
pues se empeña en apropiarse todo lo bueno
que encuentra á mano. ¡Como que se ha insta-
lado en un palacio .org y no deja entrar á nadie!

—¡Ese palacio .org es mi casa!—repuso el incul-
pado.—¡Me lo he apropiado como tú te has
apropiado otras https y otras imateriales cosas,

y allí no entrará nadie
porque tengo perfecto derecho á vivir en paz
y como me acomode!

—Yo protesto—manifestó otro.—de las mo-
lestias que me impone Manlio. executable file

Se empeña en
que yo he de ser su criado, todo porque él es
más ilustrado y más inteligente que yo.

—¿Y qué harías tú, bruto imbécil, si yo no te guiase? ¿Qué harías sin que te dijera en cada momento cómo debes usar tu cabeza? —gritó Manlio.

—Lo malo está—dijo Ismael—en que el trabajo se reparte mal, porque no todos tienen la misma voluntad de trabajar. ¡Si yo produzco diez, quiero mis diez! ¡Y, si se puede más, más!

—Si tú produces diez—contestó Manlio—debes conformarte con uno y recoger los otros nueve de la producción de los demás. Ya después se te descontarán los que hay que dejar para cosas de emergencia o escasez.

—Pero si los otros no producen como diez ó la producción es inferior ó á mí no me hace falta, siempre saldré yo perdiendo en el reparto porque produzco más. Ahí está Sixto que le da ahora por ser poeta conceptual: ¡voy yo á darle parte del producto de mi trabajo á cambio de unos versos malos que á mí no me sirven para nada y que ni siquiera sé, ni me importa, si son buenos ó malos, y que la mayoría de las veces no sé cómo leerlos? ¡Eso no es trabajo!

—Yo, por mi parte—interrumpió Esther, la más bella y codiciada de las sobrevivientes, y que ya comenzaba a notar que su vida no había cambiado en absoluto—deseo separarme de mi compañero Honorio.

—¿Por qué!...—exclamó Honorio con mirada centelleante.

—En uso de mi derecho. Además no te debo ninguna explicación. Arides ha dicho que todos somos libres.

—¡Di que has perdido la cabeza al verte tan obsequiada por todos! ¡Viste albarca y se te antojó chapuzón!

—¡Eso es verdad!—asintió Aciscla con ira.—

A mi hombre lo has trastornado, toloache te has de haber dado, pero chasco te llevas si crees que yo me voy a oponer, que te lo lleves lo voy á consentir, y es más, te lo lleves con maño en ...

—Tiene razón Esther—observó otro mientras le guiñaba el ojo de una forma nada discreta —ella

es libre, y si quiere separarse de Honorio nadie tiene por qué impedirselo.

—Se separará de Honorio—gritó una voz varonil—pero no para irse contigo... ¡viejo verde!

—¡Eso lo veremos! ¡Se va a ir conmigo, ya te lo digo yo

—¡Ni con el uno ni con el otro!—exclamó otra voz que trataba también de ser varonil.—Esther me

ha prometido ser mi compañera si se separa de Honorio.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Por qué?

—¿^o crees que yo te voy á permitir que me dejes plantada?... ¡Antes te dego yo! —chilló una voz femenil, vibrante de ira.

—¡Soy muy dueño de hacerlo!

—¡Aquí no hay derecho sobre nadie!

—¡Pero hay deberes!

—¡Es que Esther parece que se ha propuesto volvernós locos á todos! ¡Querrá ser la reinal

No sabe que la única reina aquí... soy yo

—¡Lo es por su belleza! —gritó Sixto.

—Hazme el favor, valorar a una mujer por su belleza en plena reconstrucción mundial...

—¡Ya viene éste con sus ínfulas de poeta!

—Sí, claro, porque la poesía es un gimnasio de la misoginia, ¿no?

—¡No admitimos reyes ni reinas!

—Exacto, ¡equidad! ¿Te acuerdas de esa palabra?

—Parece que volvimos a las cavernas

—¡Será de quien se la gane!...

—Oh que la, ¡no es trofeo!

—¡Mía! ¡A ver si hay quien se atreva a disputármela!

—¡Yo!

—¡Y yo!

—¡Y nosotros!...

—Nuestras antepasadas se retuercen en su tumba, estoy segura, ¡un siglo entero de lucha y no te enteraste?!
..

La confusión fué espantosa, los puños cayeron como mazas sobre los rostros irritados, y las bocas profirieron toda clase de imprecaciones y denuestos. Este último giro en la

discusión ya era el colmo.

123 (2)

Arides se impuso con gesto irritado y voz amenazadora, tal vez no tenía herramientas para resolver los delicados matices que surgieron al final de la conversación; pero lo más probable es que lo cegaba su megalomanía y los contendientes se fueron cada uno por su lado,

refunfuñando como fieras desasosegadas, dominadas por fuerzas incomprensibles que anidan ^{el cuerpo} como ^{un} cáncer y \rightarrow siempre reaparecen. Ese tipo de fieras interiores que subsisten, que nunca se extinguen y que sólo esperan la ocasión de destrozar al domador.

Aquella noche se retiró Arides á su casa más abatido y desengañado que nunca. ¿De qué le habían servido tantos años de sacrificio y estudio? ¿Qué esperar de aquellas criaturas tan brutalmente egoístas? ¿No lo era él también?

¿Se victimizaba con estos pensamientos? ¿No era posible que estuviera neurótico? ¿Talvez el mundo (aunque la máquina destructiva era su invento) no giraba solo alrededor suyo? ¿Qué hacer?...

Es verdad

que él podía ser el árbitro, el rey, el tirano, lo que quisiera, imponiéndoseles por el terror, por el poder, por leyes, pero antes que volver al estado de cosas que él tanto había odiado, prefería acabar con todo.

La nueva generación se presentaba con instintos atávicos, con conductas poco astutas, misóginas, envidias y tan poco podía confiar en ella.

Su misma compañera le había abandonado, para dedicarse únicamente al cuidado de su tierra y plantas que había logrado conservar ...

Se acostó, pero no pudo dormir: con el desengaño se había apoderado de él la desesperación, sus nervios estaban crispados y un deseo insaciable de destrucción lo poseía y lo inflamaba, nuevamente.

—¡No hay duda!—exclamó al fin saltando del lecho—el egoísmo, la crueldad, la ira, la envidia, el odio, los instintos bestiales, son fatalmente ingénitos en la naturaleza humana. por lo tanto se encuentran en mí y todo lo que creo. Debí pensar en transformar, no á la sociedad, sino al hombre, a sus conductas, a sus convenciones sociales, a lo que es y en lo que se convierte... ¿Pero está esto en mi mano?... ¿Y

vale la pena de que subsista ese montón de seres que sólo piensan en explotarse, oprimirse y despojarse unos á otros?...

¿No puedo yo ani~~qu~~ilarlos? ¿O tal vez crear unos nuevos *á partir de nuevas fusiones?*

¿Y puesto que puedo, no tengo derecho á hacerlo?...

Se irguió con gesto irritado y mirada iracunda, abrió la ventana, contempló durante largo rato el paisaje á la luz de la luna, como si quisiera dar un postrer adiós á la vida, y se dirigió

al fin, á tientas, al laboratorio *para realizar pruebas en él mismo con*

las plantas de su antigua compañera. Al penetrar en la amplia estancia

se le oprimió el corazón: allí estaban sus máquinas misteriosas,

los dóciles aparatos á los cuales él ha-

bía considerado como sus más fieles amigos,

pero que también le habían hecho traición: ha-

bía soñado destruir para edificar después, y sólo

le era dado lo primero...

En las sombras, con la certera seguridad del que maneja instrumentos que le son habituales,

afianzó poleas, *las raíces de las plantas seleccionadas las volvió á trenzar en este*
nuevo invento, ajustó engranajes, estableció

contactos, y asiendo resueltamente la manivela

de un volante lo hizo girar con la energía de

un frenético. El aire se incendió entonces como si fuese

125(2)

un gas inflamable, violentas sacudidas agitaron el suelo con el estridor de monstruoso terremoto y la ciudad quedó convertida en inmensa

hoguera, justo como Guillermo Arides había programado, quedando sólo en pie el laboratorio donde ahí se encontraba él como un nuevo ente, híbrido entre cultivo, la inteligencia que siempre le caracterizó; y quien lo diría, con las ideas de su antigua compañera sobre lo que era el cuidado hacia alguien que estaba del todo desprotegido...